

CRÍTICA DE TEATRO

Emotivo homenaje

TRECE ROSAS

Autora: Júlia Bel

Intérpretes: Carla Carissimi, Carme Poll, Resu Belmonte, Susanna Barranco, Magdalena Tomàs y Narcís Laguarda

Dirección: J. Bel y Eva Hibernia

Estreno: Tantarantana (6/X/2006)

JOAN-ANTON BENACH

El pasado 5 de agosto, a raíz de la conmemoración que tiene efecto cada año en recuerdo de las trece muchachas madrileñas ejecutadas en 1939 junto a la tapia del cementerio de la Almudena, la autora y directora Júlia Bel empezó el trabajo de *Trece Rosas*. Con este nombre son evocadas aquellas víctimas inocentes del más salvaje y execrable franquismo triunfante, algunas de ellas menores de edad, y el mismo nombre da título al fervoroso homenaje teatral que la compañía Delirio les dedica en el Tantarantana.

Recordar por todos los medios posibles aquella barbaridad es un noble servicio a la memoria histórica, esa molestia que padecen los nostálgicos del dictador del Pardo (que quisieran un monumento al olvido en cada esquina) y hasta algún parlamentario europeo que olvidó desas-

narse a tiempo y asegura, sin que le manden a retiro, que Franco no fue tan malo como algunos dicen. El crimen de las *Trece Rosas* es por sí mismo una inapelable condena.

Júlia Bel ha volcado sobre su espectáculo una sensibilidad poética exuberante, temblorosa, de trazos muy cuidados e intensos y donde el amor y el dolor encienden un rosario de efusiones de principio a fin.

Y pienso que, tal vez, unos sentimientos tan vivos y tan a flor de piel no son siempre los mejores aliados de una buena dramaturgia, que pide, me parece a mí, una cierta dosis de fría racionalidad. Un cierto distanciamiento. La ejemplaridad y el valor cívico de *Trece Rosas* nunca debieran confundirse con ningún exceso jeremiaco.

Definido como una "tragedia poética", el espectáculo no iba a ser, naturalmente, la alegría de la huerta. Pero sí que alguna alegría le hace falta a la parte primera, cuando se habla de la vida cotidiana de las muchachas, antes de la derrota republicana, y donde la inocencia de los juegos y de los diálogos parecen tocados por un angelicalismo candoroso e irreal. Se diría que Júlia Bel y su grupo de actrices —disciplinado, convincente, individual y colectivamente magnífico— han querido asu-



SOLEDAD CORINA

Un espectáculo concebido como una tragedia poética

mir de antemano un empeño hagiográfico de santoral, sin ninguna concesión apreciable a la crónica prosaica de unos días en los que los grandes ideales se veían castigados por el dolor y la miseria.

Si el primer tramo del espectáculo tiene un aire de postal coloreada, el tercero y último dilata muy mu-

cho el discurso agónico de las cinco protagonistas que la directora eligió en representación de las trece ajusticiadas. Las tijeras, en mi opinión, se aplicarían aquí a la buena causa de agilizar un relato que encuentra en su parte central, el del acantonamiento carcelario de las víctimas, sus momentos más conseguidos. *Trece*

Rosas abunda todo el rato en una pantomima original, exquisita, a menudo de una positiva fuerza conmovedora. Abunda también en expresiones de un teatro objetual tan austero como imaginativo. Y bien: en las escenas de la cárcel ese lenguaje del gesto y del objeto combina con la palabra de forma especialmente sugestiva. Y es aquí, en consecuencia, donde la dirección de actrices que Júlia Bel confió a Eva Hibernia alcanza su mayor brillantez.

Si *Trece Rosas* acusa, en general, un cierto déficit en lo que se entiende por progresión dramática, la referida segunda parte, en tanto que habla de una espera, esto es, de una situación quieta y expectante, el espectador la percibe, por lo demás, de modo tenso pero confortable. Menos importante en este segmento central la actuación de la relatora Julia Villesca, que interpreta muy bien Carla Carissimi, la encarnación de las "víctimas" a cargo de Carme Poll, Magdalena Tomàs, Resu Belmonte y Susanna Barranco es de una calidad sobresaliente. A juego con el emotivo, vibrante lirismo coral que destilan los textos que aporta Júlia Bel, hay que destacar las oportunas intromisiones musicales de Narcís Laguarda, con un violín de espléndidas afinidades clásicas. Por todo ello, un dignísimo homenaje a aquellas mujeres salvajemente asesinadas, que honra a todo el equipo que lo ha hecho posible. ●